



LA REINA GATA.

(CUENTO.)

La princesa Coralina, á quien yo celebrára que hubierais conocido, era, mis amados niños, un ángel de afabilidad y dulzura. No podía consentir que se hiciera daño á un mosquito; irritábase si oía decir que algun mal intencionado habia dado un golpe á un perro, y cuando veía que un muchacho se entretenía en tirar cantos á los pájaros, le reprendía sus malas inclinaciones. No podía sufrir que un campesino al pasar por delante de sus balcones castigára con su vara á un pollino remolon, y habia conseguido del Rey, su padre, que promulgára una pragmática prohibiendo el bárbaro ejercicio de la caza y hasta la fabricacion de escopetas. Era, en una palabra, la protectora de todos los animales, chicos y grandes, hermosos y feos, y el que

quisiera perder su afecto no tenía más que amenazar á un gato ó mortificar aunque fuera á una mosca. Si hubiese vivido en nuestra época, los ingleses la habrían nombrado seguramente presidenta honoraria de la sociedad protectora de los animales.

Tan pública se hizo por todas partes esta afable inclinacion de la princesa Coralina, que no hubo comarca de la tierra en que la fama no lo pregonára, que para esto de pregonar la fama se pinta sola; y todas las alimañas de los bosques, de los prados, del mar y del aire llegaron á saberlo y la tenían en gran respeto y veneracion. Como los animales conocen, aunque no tienen entendimiento, quién les hace bien y quién les hace mal, y son agradecidos á su manera, sucedió que se pusieron de acuerdo

los más principales de ellos, y habiéndose reunido, yo no sé en qué barrios famosos, el leon, el águila, el elefante, el delfin, la víbora y el grillo, soberanos cada cual de los distintos reinos animales, ordenaron convocar á una gran asamblea de todas las especies de sus vasallos, para proponer que se diera un voto de confianza á la princesa Coralina, y se formase una liga de todos los animales para ofrecerle todo su apoyo, y contraer el compromiso de auxiliarla en cualquier apuro que pudiera verse.

Celebróse, en efecto, la gran asamblea; á ella concurrieron todas las especies conocidas de animales; ni siquiera faltaron el liron, el caracol ni la tortuga, que son los que gozan fama de más perezosos: pronunciaron elocuentísimos discursos el asno, el oso, el buho y el besugo, y cantaron el cerdo y el cisne, que era un gusto oír la dulzura de sus trinos. Por fin se votó por unanimidad, y se decretó que todos los animales, de cualquier especie ó condicion, rindieran pleito homenaje á la princesa Coralina, y la socorrieran y auxiliáran segun la medida de sus fuerzas en cualquier trance en que pudiera verse, y la defendieran, aun á costa de su vida, en cualquier peligro en que se hallára.

Como es lo más comun que los viejos mueran ántes que los jóvenes, sucedió que el Rey de Farsalia, padre de la princesa Coralina, que era hombre ya entrado en años, cayó enfermo á consecuencia de una insola-

cion, y como los médicos se empeñaron en curársela á fuerza de sangrías, en ménos de cinco dias lo enviaron á la sepultura, y la desolada princesa se encontró huérfana á los veinte años y heredera del trono, porque el Rey de Farsalia no habia tenido más descendencia. Sus vasallos la adoraban por la dulzura de su carácter y la bondad de su corazon magnánimo y piadoso; así no hubo la menor oposicion para aclamarla reina de Farsalia: al contrario, todo fué júbilo y regocijo en sus estados el dia de su coronacion.

Por casualidad ó de intento hallóse en la ceremonia el rey Belisandro, que viajaba de incógnito. Tenía este príncipe un reñecillo de poco más ó ménos, fronterizo á los florecientes estados de Farsalia, y como su carácter era emprendedor y ambicioso, y él era jóven, soltero y de buena figura, concibió el proyecto de solicitar su casamiento con la bella princesa que acababa de heredar tan extensos dominios. Vió á Coralina en la ceremonia de la coronacion, le pareció bellísima, y sin andarse en más averiguaciones, presentóse á los pocos dias como embajador de sí mismo á proponer á la Reina de Farsalia el enlace ventajosísimo con el rey Belisandro.

La jóven princesa, ántes de dar una respuesta definitiva, procuró informarse de las condiciones y carácter del pretendiente, y como le dijeron que era un hombre de génio belicoso, y además muy aficionado á la caza, que era su ocupacion favo-

rita, esto solo bastó para que sintiera grande repugnancia al enlace que se la proponía, porque debía inspirarle horror un hombre que se gozaba en perseguir y matar animales que no le habían hecho daño alguno. En su consecuencia, contestó al supuesto embajador que agradecía los ofrecimientos del rey Belisandro, cuya amistad quería conservar, pero que por razones particulares no podía aceptar el matrimonio que le proponía.

Este desaire ofendió en lo más vivo la vanidad del irascible príncipe, y para vengarse concibió el atrevido proyecto de robar á Coralina y llevársela prisionera á su córte, hasta conseguir que se casara con él. Supo que la jóven princesa acostumbraba muchas tardes á dar largos paseos, sin acompañamiento alguno, por las márgenes floridas de un río que pasaba cerca de su palacio, y dispuso apostar algunos hombres armados, ocultos en un espeso bosquecillo al otro lado de un puente rústico por el que Coralina pasaba todas las tardes. Su propósito era sorprenderla cuando llegara á la entrada del bosque y huir, llevándosela en un caballo ligero como el viento que tenía preparado.

Salió, en efecto, Coralina la tarde que se le preparaba esta emboscada; iba sola, según su costumbre, paseando por el ameno bosque, bien ajena al peligro que le amenazaba, y ya estaba próxima al puente que debía conducirla al bosquecillo en que Belisandro con los suyos se hallaban

escondidos y preparados á robarla, cuando de pronto sacó el cuerpo fuera de la cristalina corriente un cangrejo grande que desde el fondo del río todo lo observaba, y dirigiéndose á la princesa le dijo:

— ¡Oh! noble reina Coralina, generosa protectora de todos los animales, no des un paso más, porque al otro lado de ese puente está escondido con doce hombres de su servidumbre el rey Belisandro, dispuesto á robarte y llevarte prisionera á su córte, y en medio del bosque tiene preparados los caballos, que bien á su pesar le servirán para llevar á cabo el rapto.

Agradeció el aviso Coralina, y toda sobresaltada, conociendo el riesgo en que se encontraba, volvióse atrás, pero con tal precipitación emprendió la fuga, temiendo que la persiguieran, que al llegar á un sitio en que el camino se dividía en dos sendas diferentes, en lugar de tomar la que había de conducirla á su palacio, tiró por la otra senda, y no echó de ver su error hasta que se encontró en paraje desconocido y á la entrada de un espeso bosque. Como no vió á nadie que le informara del camino, y no quería desandar lo andado por temor de tropezar con sus perseguidores, resolvió proseguir la misma senda que se internaba en el bosque, creyendo que á la salida de éste encontraría alguna aldea ó alguna choza de pastores que la informaran del sitio en que se hallaba y la guiaran hasta conducirla á su palacio.

La senda que seguía iba dando

muchos rodeos por enmedio del bosque, el cual se hacia cada vez más cerrado y espeso, la luz del dia empezaba á extinguirse, y la princesa no veia nunca el fin de la enmarañada y solitaria selva. Apretó el paso temerosa de que allí la sorprendiera la noche, y siguió á la ventura por

enmedio del monte, habiéndose perdido ya la senda que en un principio la habia guiado: al cabo de mucho andar por entre la espesura, Coralina se sintió tan fatigada que no podia dar un paso; las tinieblas de la noche la rodeaban por todas partes, y su corazon se oprimió de terror y de



Sacó el cuerpo fuera de la corriente un cangrejo. (Pág. 195.)

angustia viéndose en tal desamparo.

Transida de fatiga y de dolor, se sentó la Reina al pié de una corpulenta encina y comenzó á quejarse al cielo con lastimeros gemidos, derramando abundantes lágrimas.

— ¡Oh Dios mio! decia. ¿Qué va á ser de mí, abandonada y sola en medio de la noche en este bosque tenebroso, que, segun parece, no tiene

salida, y adonde jamás habrá llegado planta humana? Aquí tendré que morir de miedo, de hambre y de frio sin que nadie pueda acudir á socorrerme.

Apénas habia dicho esto, cuando oyó cerca de sí una especie de balido dulce, y sintió que le lamia las manos una esbelta corza que habia salido de entre los árboles.

—Oh reina Coralina, noble protectora de los animales, dijo la man-

sa corcilla, no te desconsueles; sígueme con toda confianza, que yo te



Una mujer vieja se adelantó al verla llegar... (Pág. 197.)

guiaré por enmedio de la selva, y te sacaré de esta tenebrosa espesura hasta conducirte adonde seres humanos te den hospitalidad y te auxilien.

Levantóse más consolada la princesa, y llevando abrazada del cuello á la linda corza que la iba guiando, prosiguió su camino por espacio de



Y saludando rendidamente á la gata, le decia... (Pág. 199.)

una hora, y al cabo se encontró fuera del bosque y cerca de una rústica choza, que debia estar habitada, pues se veia en ella luz.

Llena de alegría y sin dejar á su mansa compañera, se acercó Coralina á la puerta de la choza. Una mujer vieja, que estaba en el dintel de

la puerta, se adelantó al verla llegar.

-- Buena anciana, le dijo la Reina, me he perdido al anocheecer en medio de ese bosque, vengo rendida de fatiga, y le agradeceré que por esta noche me dé hospitalidad y un rincón de su choza en donde poder descansar. Si sois caritativa, no desoigais mi ruego, y ciertamente no os pesará de ello, porque tendréis una buena recompensa.

— Mi choza y mi persona, contestó la vieja, están ahora y siempre al servicio de la ilustre Reina de Farsalia, que viene á honrarme con su visita.

Mucho se sorprendió Coralina de que la vieja la hubiera conocido sin haberla visto apénas, pues la noche estaba oscura; pero al fin, no recelando nada, entró en la choza, despues de despedirse de la corza, que saltando gallardamente, se volvió al bosque.

Era la vieja una grande hechicera, y como casi todas las de su especie, mal intencionada. Dió de cenar á la Reina perfectamente, la puso en el rincón más abrigado de la choza una mullida cama compuesta de suaves pieles, y luégo que Coralina se hubo acostado y dormido, se quedó meditando en lo que habia de hacer para jugarle una mala pasada.

La hechicera sabía la historia del rey Belisandro y el desaire que habia recibido de Coralina, como así tambien que el desdeñado amante andaba buscando ocasion de vengarse.

— Si yo le entrego la Reina de Farsalia, pensó, él, que es generoso,

me dará una espuerta llena de oro.....
Manos á la obra.

Cogió la bruja un vaso de agua, gruñó entre dientes algunas palabras ininteligibles, se acercó á la Reina, que dormia, y rociándola el rostro con el agua del vaso, dijo:

— ¡ Oh reina Coralina! conviértete en gata blanca.

Inmediatamente la hermosa Reina quedó transformada en una linda gata, blanca como el ampo de la nieve; y apénas amaneció el dia, la vieja hechicera la metió en un talego, y sin hacer caso de sus lastimeros maullidos, tomó el camino con ánimo resuelto de llegar á la córte del rey Belisandro.

Tres dias tardó en el viaje, en los cuales la Reina, encerrada en el talego, sufrió lo que podeis imaginar. Llegó la bruja, por último, al palacio de Belisandro, dijo á los guardias que llevaba un mensaje de la reina Coralina, y esto solo bastó para que inmediatamente la presentáran al Rey.

— ¿ Qué mensaje me traeis de esa ingrata Princesa? preguntó Belisandro.

— No os traigo mensaje, señor; os traigo á la misma Reina en persona metida en este saco y convertida en gata. Cuidadla con la atencion que se merece, ofrecedla todos los dias vuestros homenajes, y quedad seguro de que no recobrará su forma de mujer hasta el momento en que os prometa la mano de esposa.

Por demas está el decir cuánto agradecería Belisandro el gran servicio que la hechicera acababa de ha-

cerle: la recompensó con gran munificencia, y luégo hizo colocar á la gatita blanca en una lujosa cámara, en donde la servian delicados manjares. Todas las mañanas entraba el Rey en aquella cámara, y saludando rendidamente á la gata, le decia:

—Si quereis, ¡oh apreciable y bellísima Reina! recobrar vuestra noble figura y el trono de vuestro padre, acceded á mis ruegos, y dadme promesa formal de matrimonio.

La gata, sin embargo, no consintió nunca en contestarle, y permanecia indiferente como si no le hubiera oido.

Así pasó algun tiempo; en el reino de Farsalia todo era sentimiento y tristeza al ver que no parecia la Reina; y por su parte los animales todos estaban llenos de pena y afliccion por la pérdida de su querida protectora. Mas sucedió que la corza que habia guiado á Coralina á la choza de la hechicera averiguó la verdad del caso, supo cómo la Reina habia sido encantada y convertida en gata, y cundió la voz entre todos los animales.

Al saberlo reuniéronse en asamblea los más poderosos de ellos: el leon, el elefante, el tigre, el toro, la serpiente boa, el dragon y otros no ménos terribles, y despues de haber deliberado sobre lo que debian hacer para librar á la reina Coralina de los maleficios que la tenian encantada, siguiendo el consejo del elefante, dirigieronse todos juntos á la choza de la bruja, y cuando la tuvieron rodeada, tomando la palabra el leon, dijo:

—Aquí morirás entre nuestras garras y nuestros dientes despedazada, miserable hechicera, si inmediatamente y sin pretexto ni excusa no nos devuelves á la reina Coralina libre y en su primitiva forma.

En vano protestó la vieja atemorizada que no tenía noticia de semejante encantamiento; ya el tigre se disponia á lanzarse sobre ella, cuando la hechicera, viendo el riesgo, tomó el acuerdo prudente de ceder á tan insinuantes instancias, y pronunciando uno de sus misteriosos conjuros, hizo venir por los aires á la encantada gata, la roció luégo con unas gotas de agua, y Coralina recobró instantáneamente su bella figura, y dió á sus queridos animales las más expresivas gracias por el servicio que le habian hecho. No hubiera querido ella que castigáran á la bruja; pero por pronto que quiso recordar, ya el elefante, con un terrible golpe de su trompa, habia aplastado la cabeza á la hechicera, para impedir, segun dijo, que volviera á cometer ningun desaguizado.

Coralina volvió á su córte, donde fué recibida por las unánimes aclamaciones de su pueblo: el rey Belisandro no se casó con ella, y tuvo un fin desastroso: hallándose un dia de caza cayó su caballo, y un terrible jabalí, á quien perseguia, lo destrozó entre sus poderosos colmillos.

Ved aquí, queridos niños, cómo nunca se pierde el hacer bien ni el hacer mal, aunque sea á los animales.

P. D. MONTES.

EL PAJARILLO MUERTO.

Era un muchacho bueno y confiado
Que un pájaro criaba en la alquería,

A quien amaba tanto, que no había
Pájaro más mimado



Entre los muchos otros que tenía.
Le limpiaba la jaula con esmero;

Como que la limpiaba con plumero;
Le daba de comer, puesto en su mano,

Alpiste ó cañamones,
Y en varias ocasiones
Se metía en la boca su piquito,

Y así bebía el pobre animalito,
Mientras le contemplaban, muy gozosos,
Dos gatos que eran dos tunos de marca,



Y los más licenciosos
De toda la comarca.
Pero Alberto era bueno entre los buenos,
Y aunque estaba advertido

De que al menor descuido,
Los gatos de la casa,
Que al pájaro miraban con delicia,
Le podrian matar, ó por lo ménos

Hacerle una caricia ;
 El niño no temia, y, sin recelo,
 Se reia de ver que le miraban
 Los dos gatos, el nieto y el abuelo,
 ¡Que miraban de un modo que asustaban!
 —« Nunca se atreverán, dijo el chiquillo ;
 Temerán mi furor ; yo soy más fuerte » :
 Y ocurrió que, pensando de esta suerte,
 No vigilaba bien al pajarillo ,
 Que á despecho de Alberto
 Cayó en poder de aquellos bribonazos ,
 ¡ Pues un dia, llorando sin consuelo ,

Encontró el pobre niño por el suelo
 La jaula hecha pedazos
 Y el pajarillo..... muerto!
*No es bueno confiarse demasiado
 Ni tener de uno mismo vana idea ,
 Pues ya queda probado
 Que, aunque otra cosa á veces nos parece,
 No hay enemigo que pequeño sea
 Y..... quien ama el peligro, en él perece.*

RICARDO SEPÚLVEDA.

Noviembre 6, 1873.

JUAN Y TERESA (1).

(Conclusion.)

Infantiles lectores, querubines del hogar doméstico, lazo de ventura y de alegría, orgullo de vuestros padres, consuelo de la vida; escuchadme, leed, y que el ejemplo de Teresa sea para vosotros saludable estímulo.

El cariño filial es como la primera alborada de primavera, que apenas acaricia á los campos se cubren de flores y de fruto : la abnegacion de un buen hijo es la sonrisa del cielo, y éste le recompensa con largueza.

Teresa era instruida, porque siempre habia llevado por norte que cada dia que se desperdicia es un año robado al porvenir, por lo que se levantaba con el alba, y despues de ocuparse en todo aquello concerniente á su querida enferma, tomaba su labor, y sin levantar mano hasta concluir lo que en su cálculo produ-

cia lo suficiente para atender á sus gastos, trabajaba, sin olvidarse de vez en cuando de los alimentos, medicinas y palabras de consuelo para su madre, quien la miraba sonriendo de orgullo y se enjugaba con frecuencia una furtiva lágrima de gratitud hácia Dios, por haberla concedido una hija tan buena.

Llegó la convalecencia, y al empezar á dedicarse á la labor, fué precisamente cuando condujeron á su humilde casa á Juan María : una mala acción de otro puso en relieve el mérito de Teresa, y la niña de once años, á pesar de la desconfianza de sí misma, supo llenar la misión que se habia propuesto, y nada era más interesante que verla haciéndose respetar de sus discípulos y corrigiéndoles sus defectos con la mayor gravedad.

Consuelo era angelical, y Teresa

(1) Véase el núm. 11.

la amaba cual una hermana mayor que hace las veces de madre, á pesar de la diferencia de caracteres, pues la primera era un canario, siempre alegre y contenta, mientras la segunda era la tórtola triste.

Teresa veía sufrir á su madre y no podía vivir satisfecha.

Nada sabían del esposo y del padre, y aquella incertidumbre era un continuo torcedor, y la buena hija se esmeraba, estudiaba y sentía una dicha inefable, cuando al cabo del mes podía decir:

—Tome V., madre querida, mi sueldo de maestra de frances, de escribir y de gramática.

¿No es cierto, queridos míos, que al leer estos renglones alguno de vosotros siente palpar su corazón, y desea ser también el apoyo y la esperanza de sus padres?

Es tan dulce, es tan satisfactorio desde pequeños acostumbrarse á la idea de poder ser útiles á tan sagrados y queridos seres.

Niños hemos visto que á los cuatro años leían correctamente y escribían, siendo un orgullo para su familia, y esto le había sucedido á Teresa: su aplicación era tal, que forzosamente la señalaba horas su buena madre, pues sin esto su salud hubiera salido perjudicada.

Pasaron dos años; Juan María era aplicado, estudioso, bueno, instruido, y anhelando llegar á distinguirse en la carrera de leyes, que pensaba seguir cuando tuviera edad competente.

Consuelo había adelantado nota-

blemente en el frances y en labores, de las cuales se había encargado la madre de Teresa, así como del piano: la niña era dócil, y adoraba á su maestra Teresa, por lo que obedecía ciegamente sus mandatos que se extendían á la educación en general, al órden, al aseo y á esos cien detalles que constituyen una niña bien educada.

Un día llegó á Valencia un forastero, y sin tomarse tiempo de descansar, se dirigió al sitio en donde habitaban Teresa y su virtuosa madre: la casa estaba cerrada.

—¿No es aquí en donde habita una señora llamada doña Andrea y su hija Teresa? le preguntó á una vecina.

—Sí señor; pero están ahora casi todo el día en casa de unos amigos, porque Teresa es la maestra de los niños.

—¿Pero si es una niña! contestó el forastero sorprendido.

—Sí señor, pero una niña como hay pocas: figúrese V. que su mamá ha estado muy enferma, y como carecían hasta de lo más necesario.....

—¿Qué dice V.?

—¿Ay! la verdad; estaban en la miseria..... pero la niña empezó á dar lecciones de frances y no sé de qué otras cosas más, y ella sostiene la casa hace cerca de tres años.

—¿Qué escucho? exclamó el desconocido. ¿Será posible tal rasgo de amor filial y de inteligencia?

—¿Desea V. verlas?

—Sí señora.

—Pues á la entrada de la ciudad verá V. una casa de campo con per-

sianas blancas en el piso bajo y todo en el principal: allí es.

El caballero se dirigió rápidamente á la casa indicada. Juan María y Consuelo estaban en el jardín.

—¿Podré ver á doña Andrea? preguntó acariciando á la niña, quien le miraba sorprendida.

—Venga V. con nosotros, contestó Juan María, que siendo mayor que su hermana conocia mejor el modo de recibir á los extraños.

Y se encaminó á la sala de estudio, en donde se encontraba Teresa preparando las lecciones y revisando las del día anterior.

Al ver entrar al forastero lanzó un agudo grito y corrió á sus brazos.

—¡Padre mio!

—¡Hija de mi alma!

—Mi mamá se volverá loca de alegría..... pero está muy delicada y no conviene que le vea á V. sin prevenirla.

—Tienes razon, alma mia; véte y anúnciala mi llegada.

La fisonomía de Teresa estaba radiante de felicidad, y su buena madre, al verla, le dijo:

—Niña mia, ¿qué motivo tienes de júbilo?

Las lágrimas acudieron á los ojos de la niña, quien no pudo hablar más que palabras entrecortadas.

—Mamá, mamá mia..... hay noticias de papá.

—¡No, no! exclamó delirante Andrea; es que ha llegado; tu alegría me lo dice.

Y lanzándose hácia la escalera, se encontró frente á frente con su ma-

rído; pero al propio tiempo resonó una exclamacion.

—¡Antonio!

—¡Manuel!

El padre de Consuelo y el de Teresa se abrazaron con la mayor efusion.

Eran antiguos amigos; habian estudiado juntos, y despues hacia largo tiempo que no sabian uno del otro.

—Tu hija es un ángel, le dijo despues de los primeros momentos; es un modelo, es una niña cuyo ejemplo deberian seguir todos los niños.

El padre de Teresa no se cansaba de abrazarla y colmarla de caricias.

Pero ¿cómo habia estado tan largo tiempo sin escribir?

Apénas llegó á Méjico entró en la casa de comercio para la que le habian recomendado, y escribió á su esposa dándola esperanzas para el porvenir, y remitiéndola una cantidad; pero la carta fué entregada á un amigo que salia para España, y el buque que le conducia se perdió, no salvándose sino una sola parajera: carta y dinero yacian en el fondo del mar.

Escribió despues, pero sobrevino la guerra, y las cartas todas se interceptaban por los insurrectos y jamas llegaban á su destino, y de ese modo pasó largo tiempo.

Una enfermedad grave puso el colmo á los inconvenientes, y apénas convaleciente, y con el beneplácito del jefe de la casa, ya su socio, se puso en camino para Europa, á fin de conseguir noticias de su esposa y de su hija.

—Léjos estaba de esperar, añadió, que se encontrasen en tal estado, porque pensaba que si sus cartas se habian extraviado, habria llegado alguna de las mias: tampoco pude creer que mi Teresa fuera una perla de tanto valor, ni que la casualidad las hubiese conducido á la casa del mejor amigo de mi infancia; y ahora, repuso, necesito, apénas descansa algunos dias, regresar á Méjico para consolidar mi porvenir y el de mi familia.

El padre de Consuelo manifestó deseo de acompañarle, y se convino que ambas familias no formarian sino una sola.

—¿Pero y nosotras? preguntaron ambas esposas.

—La educacion de Juan María y Consuelo necesita perfeccionarse, y tambien la de Teresa: ésta continuará su noble mision, y á su vez se instruirá durante dos ó tres años; despues nos reuniremos para no volvernos á separar.

Teresa no desmintió un momento

su noble carácter, y llegó á ser una señorita de tanto mérito, tan juiciosa, tan trabajadora y buena, que la conocian por su amor filial y por sus virtudes, y áun cuando no era muy hermosa, se la preferia á la más bella, porque, infantiles lectores, sin la hermosura del alma, sin la bondad, sin la dulzura, sin la aplicacion y sin la obediencia, no se consigue más que hacerse odioso y ser toda la vida un individuo despreciable.

Juan María, dedicado á la carrera de leyes, se distinguió en ella, y cuando le hablaban de su infatigable amor al trabajo, decia:

—Una niña de once años me dió el ejemplo y me hizo avergonzar de mis defectos.

Consuelo respetó y consideró á Teresa siempre como á su segunda madre, y jamas olvidó sus consejos.

No olvideis tampoco, niños mios, este ejemplo, seguros de que os servirá de saludable enseñanza.

BARONESA DE WILSON.

EL QUE LA HACE LA PAGA.

Diego era un hombre de intencion dañina
Y alma á la voz de la piedad tan sorda,
Que clavaba á la vuelta de una esquina
Un puñal aunque fuera al sursumcorda.
Por el menor quítame allá esas pajas
A su mejor amigo aborrecia,
Y ya jamas, aunque le hicieran rajas,
La palabra de Dios le dirigia.
Cuentan que un dia se amoscó en el juego

Y le dió tales trómpis un ricote,
Que exclamó lleno de coraje Diego:
—«¡Me he de vengar aunque me den garrote!»
Veamos, pues, si á la venganza treguas
Dió aquel perverso matachin de marca.
Tenía el rico un monte de dos leguas,
Que era envidiado en toda la comarca,
Y Diego dijo para su colete:
—«Una cajita de cerillas busco,

Y así que duerma todo el mundo quieto,
De cabo á rabo el monte le chamusco.
En cuanto tome fortaleza el foco,
Como hombre soy sin aprension maldita,
Más listo que Cardona me las toco
Y me vuelvo tan fresco á mi camita.
No ha de quedar en todo el monte un leño,
Ya que no pude dar en el cogote
En una oscura callejuela al dueño...
¡Me he de vengar aunque me den garrote!»
Llega la noche, oscura como boca
De lobo, y Diego al monte se endereza
Y... ¡chas! enciende un fósforo y le emboca
En un monton de hierba y de maleza;
Saca otros ciento, hasta agotar la caja,
Y uno tras otro al monte los aplica,
Y como nadie su progreso ataja,
El incendio voraz se multiplica.
Así que ven los del lugar el fuego,
Van á apagarle, y como aquella broma
Puede costar el pasapan á Diego,
Éste una senda enmarañada toma,
Diciendo:—«Ahora llamaré á talones,
Que en cuanto un poco de la luz me aparte,

No me echarán el guante á tres tirones.»
Y dicho y hecho: como el rayo parte.
Un huracan furioso se desata,
Y como ensancha el círculo del fuego,
Más tras de Diego el fuego se dilata
Cuanto más huye del incendio Diego.
Se alza la llama en densos torbellinos
Y á sus fulgores, que terror excitan,
A Diego ven al cabo sus vecinos,
Y «¡á ese tunante! ¡á ese tunante!» gritan.
La multitud furiosa le persigue,
Ansioso busca las tinieblas Diego,
Pero es en vano, que sus pasos sigue
Como una sierpe luminosa el fuego.
—¡Esto va mal! el incendiario exclama,
Y aprieta el paso, pero todo en vano,
Que al resplandor de la funesta llama
Le persiguen, y al fin le echan la mano.
Diego pagó muy caro su delito;
Cuando el verdugo le apretó el gañote
Cuentan que dijo el pobre muy contrito:
—¡Yo me vengué, pero me dan garrote!

ANTONIO DE TRUEBA.

EL NIÑO CARITATIVO.

¡Pobre viejo! Su paso vacilante le hace perder el equilibrio, que apenas puede ayudarle á guardar la débil caña que le sirve de baston y apoyo.

Su raida capa no basta á cubrir sus desnudos hombros y su desnudo pecho.

Y el aire que azota furioso los aleros de las casas y las puertas de ventanas y balcones, agita su escasa y larga cabellera, hiriendo su demacrado rostro.

La nieve que llena las calles hiela sus piés entumecidos, dificultando su marcha.

¡Pobre viejo! Parece que los elementos se hayan conjurado contra él; parece que alguna fatal maldicion le persiga, segun los obstáculos que encuentra, y segun lo infeliz y precario que demuestra ser su estado.

Lágrimas de fuego corren por sus arrugadas mejillas, lágrimas que derrama al recordar aquellos tiempos felices en que, jóven y vigoroso, gozó él, sin pena y sin cuidado, muy ajeno del desastroso porvenir que le aguardaba.

¡No descuideis jamas el porvenir, mis jóvenes amigos! Sed previsores,

que la fortuna es caprichosa, y es necesario vivir prevenidos para que no nos pase su rueda por encima.

Mirad á ese triste anciano, ayer jóven y dichoso, pordiosear de puerta en puerta el pan preciso para su sustento.

Ved cuál le cierran las puertas y con cuánto orgullo se le despide de muchas casas. ¡Infeliz! No podrá soportar el rigor de la noche, y tal vez al asomar el sol haya sucumbido de necesidad y de frio.

*
* * *

Al extremo de la calle se oye confuso rumor de gente: coches que vienen, pisadas que se aproximan.

Acógese el anciano al quicio de una puerta, y extiende su temblorosa mano en demanda de «una limosna por el amor de Dios»; pero aquellas gentes, que acaban de gastarse algunas pesetas en el teatro, pasan sin dar al miserable mendigo un solo céntimo: nadie se digna dirigirle siquiera una mirada compasiva. ¡Desdichado! Todos desprecian al desvalido. ¡Triste condicion humana!

Un coche se para frente á la casa en cuya puerta se apoya el anciano, y bajan de él una señora y un niño; el lacayo llama á la puerta, que el anciano deja libre retirándose á un lado. La señora y su hijo se aproximan, y al ver al pobre viejo tan venerable, tan humilde, con tanta san-

ta resignacion, y al mismo tiempo tan enfermo, tan débil, tan necesitado, tan castigado por la crudeza de la noche, el niño tira del vestido de su mamá, y bajándose ésta, escucha algunas palabras que le dice al oido aquel ángel de bondad.

Llama la señora al anciano, y con voz dulce y maneras amables le hace entrar en su casa, ordenando al punto á sus criados que le den de cenar en abundancia y le preparen un confortable lecho en que pueda pasar la noche, disponiendo que el dia siguiente, despues de bien comido, se le dé una buena cantidad, con la que pueda rodearse de algunas comodidades y preservarse del rigor de la estacion.

El anciano oye conmovido estas órdenes, comprendiendo al momento que tienen origen en las palabras misteriosas del caritativo niño, y con lágrimas de gratitud le bendice con toda la efusion de su alma.

¡Imitad, mis tiernos lectores, este ejemplo, y hallaréis, ademas del placer que causa el hacer bien, el reconocimiento eterno de los que hayais favorecido, y, sobre todo, lo que debéis ansiar más, un nuevo peso destinado á hacer inclinar la balanza en vuestro favor el dia en que el Supremo Hacedor de todas las cosas os llame á su lado y juzgue vuestra conducta en esta vida!

SANTIAGO PUIG PEREZ.





EL NIÑO LLORON.